

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DÍAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Sermon de Pentecostés:

—
*Repleti sunt omnes Spi-
ritu Santo et coeperunt lo-
qui variis linguis.*

Act. 2.

Habiendo subido Jesucristo á los cielos lleno de gloria y de magestad, los once Apóstoles y los discípulos en número de unos ciento veinte, acompañados de la Santísima Virgen, se retiraron á Jerusalem, segun el mandato del Salvador, y se encerraron en el Cenáculo, que era una sala espaciosa, y un lugar muy á propósito para el recogimiento y la oracion.

Cuando se cumplian los dias de Pentecostés, á saber, cincuenta dias despues de la Pascua y diez despues de la Ascension, estando todos reunidos en aquel sagrado recinto, se hizo repentinamente

un estruendo del Cielo a manera de un viento impetuoso y llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron unas lenguas de fuego y reposaron sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas, segun la inspiracion del Espíritu Santo, con grande admiracion de la multitud que oia la palabra prodigiosa de los Apóstoles. Tal es el misterio que celebramos.

Confieso que las grandezas y maravillas del Cenáculo son impenetrables; pero, deseando sacar de este misterio enseñanzas sólidas y provechosas para vosotros, que sois mi gozo y mi corona, voy á presentar á vuestra consideracion, á vuestro amor y á vuestro respeto la obra de Dios, la Santa Iglesia Católica que nace

en el Cenáculo y se presenta en público llena de los dones del Espíritu Santo. Sí; hoy celebramos el nacimiento de la Iglesia, nuestra Madre, y ante los prodigios que se realizan en su cuna, es preciso reconocer y confesar su divinidad.

La Iglesia Católica es obra de Dios, y nosotros sus hijos, debemos á nuestra Madre homenaje de amor, de obediencia y veneración. He propuesto. Pidamos al Señor los auxilios necesarios por la mediación de la Virgen, saludándola reverentes con las palabras del Ángel.

Ave María.

Repleti sunt omnes Spiritu Santo et cœperunt loqui variis linguis.

Act. 2.

Fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas.

La existencia de la Iglesia católica es una de las pruebas más evidentes y poderosas de su divino origen. Apenas salida de su cuna, se arrojan sobre ella aquellos fariseos rencorosos y aquellas justicias desalmadas que dieron muerte cruel en patíbulo de ignominia á su divino fundador, los apóstoles salen del Cenáculo y comienzan á predicar en la plaza pública las verdades su-

blimes que cambiarán la faz de la tierra. Hablan todas las lenguas. El espíritu de Dios, espíritu de luz, de fuego y fortaleza vino sobre ellos y los trasformó. La ola de la vida divina se desbordó sobre sus almas y estaban inundados. Eran rudos y el espíritu de luz los hizo sábios, eran cobardes y los hizo intrépidos, eran frios y los hizo fogosos, no sabían hablar y los hizo elocuentes, eran oscuros plebeyos y los hizo caudillos de un nuevo pueblo, eran humildes pescadores y fueron conquistadores gloriosos de pueblos, naciones y reinos.

La ciudad de los profetas contenía en su recinto inmenso gentío procedente de todas las naciones que habitan debajo del sol. Eran como las nueve de la mañana. El estruendo del Cenáculo había conmovido toda la ciudad. El pueblo que salía del templo después del sacrificio matutino y gentes de todos los puntos de la ciudad acudieron en tropel y llenaron la plaza pública que estaba frente al Cenáculo. Los apóstoles retenidos allí desde el día de la Ascension por miedo de los judíos y en virtud de un mandato espreso de su divino Maestro, abren de par en par las puertas del sagrado recinto, y como ejército formado en batalla

se presentan impávidos ante la apiñada muchedumbre. S. Pedro, la piedra fundamental de la Iglesia, el jefe y cabeza del colegio apostólico, dirige su ardiente palabra á la multitud, hablan los demás apóstoles en diversas lenguas sobre cosas maravillosas, que todos entienden como dichas en su propio lenguaje, miranse unos á otros maravillados del prodigio, la luz de la verdad penetra en sus inteligencias, el fuego del Cenáculo enciende los corazones, judíos y extranjeros se rinden á millares y abrazan con entusiasmo la nueva doctrina.

La sinagoga se alarma y se celebra consejo de escribas y doctores, sacerdotes y levitas para deliberar sobre los graves sucesos que preocupaban la atención pública y conmovían á la ciudad de los profetas. Llaman á los apóstoles y los prohíben predicar el nombre de Jesús. Vosotros direis, contestan impávidos si podemos obedecer á los hombres antes que á Dios. Y los apóstoles se retiraron de la presencia del concilio alegres y gozosos por haber tenido la dicha de sufrir azotes y afrentas á causa de su fé y por su valor intrépido en predicar el nombre de Jesús. Y empezaron á enseñar al pueblo las verdades sublimes que

habian recibido del Espíritu-Santo. Los poderes públicos desplegan contra ellos todos los medios que pueden sugerir y proporcionar el odio, la fuerza y la astucia, pero todo en vano.

La palabra de los apóstoles ha caído en la tierra de los corazones y no hay poder ni fuerza ni astucia que pueda sofocarla antes de nacer, ni arrancarla despues de nacida. ¿Quiénes son esos que vuelan como las nubes? Son los apóstoles, nubes fecundas y fertilizadoras que, despues de plantar en Jerusalem el árbol de la Cruz, se dirigen á evangelizar otros países. Todos los pueblos son llamados á la fé de Cristo y todos oirán la palabra de Dios. Ya no hay castas, ni privilegios, ni exclusivismos odiosos. La doctrina de Cristo es católica, á saber, universal, para todos los tiempos, para todos los siglos, para todos los espacios, para todas las razas, para todas las clases, para toda la humanidad. Ya no hay judío, ni griego, ni escita, ni bárbaro, ni civilizado, sino que todos son acogidos igualmente en el seno de la Iglesia, madre de la nueva humanidad, todos pueden vivir á la sombra de aquel árbol de la vida, de aquella Cruz cuyos brazos abarcan al mundo, cuyo tronco penetra en los abismos,

cuya cúspide toca los cielos. Los apóstoles se reparten por el mundo y marchan á conquistarlo. El mundo entero se opone á su marcha conquistadora, van como ovejas entre lobos, hablan, predicán, trabajan, padecen, reciben afrentas, cárceles, destierros, tormentos, muerte cruel; ellos, con todo, son los vencedores, porque la semilla evangélica regada con su sangre y fecundada con su heroísmo ha nacido con fuerza y lozanía. La Galacia y el Ponto, la Bitinia y la Capadocia, el Asia, el Oriente y el Ocaso doblan la rodilla ante la Cruz y entran con decisión en la Iglesia de Cristo.

Hé ahí un hombre rudo, inerme, impotente, desnudo, descalzo, desvalido; es San Pedro. ¿A dónde vá? ¿qué intenta? ¿cuál es su designio? Se dirige á Roma, lleva el extraño proyecto de conquistar la ciudad de los Césares, de fundar una dinastía, levantar un trono, convertir á Roma, cabeza del mundo pagano, en metrópoli del mundo cristiano, asiento de la soberanía de Cristo y residencia de sus Vicarios hasta el fin de los tiempos. ¡Qué locura! ¡qué absurdo! ¿no es verdad? Si, es un absurdo; pero si ese absurdo llegó á ser fecunda y gloriosa realidad, tendreis que reconocer

la intervencion divina. Si; es una locura: San Pedro está loco. ¿Puede darse locura mas rematada que el pensamiento de conquistar la ciudad, señora y dominadora del mundo, y someter el universo á la ley de un ajusticiado? Si; semejante proyecto es una locura. San Pedro está loco, pero confesad que es una locura sublime; confesad que ese hombre está loco con la locura de Cristo, que ha vuelto cuerdos á los locos del mundo, confesad que esa locura ha vuelto el juicio á los sábios de Atenas y curado la demencia del mundo que era un inmenso manicomio. Allá vá ese loco sublime; el pescador de Galilea llega á Roma por unos caminos sembrados de precipicios, echa las redes del Evangelio en aquel océano de errores groseros y vicios espantosos, y logra pescar á los romanos enloquecidos con las especulaciones de sus filósofos, con el estro de sus poetas y con las fiestas desus anfiteatros. El infatigable sembrador del evangelio penetra en aquella selva habitada por fieras, *sylva frementium bestiarum*, y dejando caer las benditas semillas de la verdad y de la caridad, logró convertirla en un campo fecundo que pronto se cubrió de mieses espléndidas y se mostró

digno de sus nuevos destinos. Porque el animoso caudillo acometió intrépido las fortalezas de la idolatría, derribó las estatuas de los dioses, subió triunfante al Capitolio y plantó el árbol de la Cruz para que fuese en lo sucesivo el estandarte de la verdad, del progreso y de la civilización.

El imperio romano siente de pronto que cierta cosa desconocida, como una sangre nueva, le invade, le penetra por todos lados y circula vigorosa en aquel vasto organismo, cuyos miembros iban á tocar en todas las extremidades del mundo civilizado. Y era que la palabra evangélica, la voz de la verdad y el fuego de la caridad, disipando las tinieblas de la idolatría y consumiendo los vicios que encontraban en su marcha conquistadora, habían penetrado hasta las entrañas de aquel mundo envilecido.

Apenas han trascurrido algunos siglos cuando la enseña de la Cruz ondea en todas partes y la vida católica encarnada en la palabra de los apóstoles, en la pluma de los apologistas, en los labios de los confesores corre y circula por toda la tierra como el soplo del vapor, impaciente, dispuesta á devorar el espacio, y extremeciéndose de su cautiverio hasta que haya logrado tomar

una posesión absoluta de todas las naciones. Y cuando la negra noche de la barbarie viene, en aquel inmenso caos de las invasiones de los bárbaros del Norte que pasan montados en sus caballos, cuyas crines destilan sangre; en aquel ir y venir de los grandes ejércitos, en aquel flujo y reflujo de los pueblos que pasan y repasan todas las fronteras del imperio, el espíritu católico todo lo invade, por todas partes penetra; y, á medida que las olas crecientes de las barbaries se desbordan sembrando por doquiera la desolación y la muerte, ese espíritu, rebasando los límites del imperio, se desborda á través de todas las barbaries, llevando á todas partes su eficacia soberana; y de toda esa confusión de razas, de gentes y naciones, y de esos torbellinos impetuosos y de ese fuego que circula por todas las venas de la humanidad, el mundo sale radiante y transformado, puesto á los pies de Jesucristo. Y ese mundo iluminado por los resplandores de la fé, transformado por la virtud civilizadora del evangelio, sometido á la bandera de la Cruz, gobernado por el sucesor de San Pedro que reside en Roma y por los sucesores de los apóstoles, es la santa Iglesia católica, fuera de la cual

no hay salvacion, así para los individuos como para las naciones.

Miradla bien: es un grandioso edificio ideado en la mente del Eterno, levantado por Jesucristo y embellecido por el Espíritu Santo; obra maravillosa que por lo vasto de sus dimensiones, por lo admirable de su solidéz, por la belleza de su arquitectura, por la variedad de sus primores, por los tesoros que encierra dentro de su recinto y por los bienes que derrama sobre la tierra, arrebatada la admiracion de los siglos y de las generaciones y nos obliga á exclamar con el profeta coronado: *A Domino factum est istud*. La Iglesia es obra de Dios. Amadla con amor filial, aprended su doctrina, cumplid sus preceptos, vivid como cristianos y morireis como los justos, en el oscúlo del Señor, Amen.

REMEDIOS HERÓICOS.

APÓLOGO.

(Continuacion.)

—Mire V... la mayoría trae pecados de tontería, pues ahora se va estilando otra vez por allá decir: «páselo yo tambien como pueda en este mundo, que del otro se me importan tres cominos.» Y es claro; cuando se convencen, al llegar aquí, de que la vida es un soplo y de que el infierno ha de durar eternamente y no

pueden mejorar su suerte, una vez pasados los humbrales de la eternidad, se tiran de los pelos al reconocer su tontería.

Otros vienen con un diablo al lado que presenta una larguísima lista de las blasfemias que han puesto en boca de los desdichados que les han dado la satisfaccion de pronunciarlas.

Este pecado si que es horrendo, dijo S. Roque, porque el diablo blasfema por vengarse de aquel Dios justiciero que lo condenó á fuego eterno por su rebeldía; pero que el hombre blasfeme á Dios, que no le ha hecho daño alguno y que tiene en su mano darle premio ó castigo eterno, es el colmo de la insensatez y de la ingratitude. En este punto si que comprendo que Pedro no tenga compasion con tales monstruos.

—Vienen tambien muchísimos que son acusados por el diablo de haber profanado el día del Señor.

—¿Por qué su merced no los ha colocado á éstos entre el número de los tontos, ya que lo son, tanto porque lo que ganan en dinero lo pierden en salud, como porque el trabajo de los días festivos trae desgracia á las casas?

—Porque lejos de ser tontos suelen ser perversos, pues el descanso que le niegan el domingo á Dios, suelen tomárselo el lunes ó en varios días de la semana.

A estos les podria compadecer algo, porque suelen venir á la eternidad jóvenes y pobres, y con esto han llevado ya su castigo en la tierra, si no fuera por el daño grande que causan á la gloria de Dios y por lo que desmoralizan la fami-

lia. Pues entre los profanadores del día del Señor no debe contarse solamente á los que trabajan materialmente, si no los que, lejos de emplear tales días, como Dios quiere, en la santificación de su alma, los destinan el vicio y la disipacion.

—¿Y vienen muchos con este cargo?

—¿Que si vienen? Mire V., una buena parte de los que hoy se condenan, traen por principal fundamento de su reprobacion el capitulo de la profanacion de los días festivos. De ella viene el abandono de las prácticas de piedad, la ignorancia religiosa, el indiferentismo y, por fin, la pérdida de la fé, que es causa de muerte impenitente.

—¿Y qué les parece á Vds. que podemos hacer para remediar tanto daño?

—Déjeme V. concluir, repuso S. Pedro, el catálogo de los principales cargos con que vienen á la eternidad tantas almas que no pueden entrar en el cielo.

Pues me he dejado para lo último lo mas gordo.

Han de saber Vds. que allá en el mundo, Satanás ha discurrido un nuevo medio para pescar á los hombres. Con auxilio de infidad de personas y aun de clases enteras, á quienes ha procurado interesar en el negocio, ha levantado bandera de rebelion contra la Iglesia y contra mis sucesores en la Silla apostólica; y de tal manera ha conseguido embrollar las cosas, que ha logrado que le ayuden en su empresa de descatalogar al mundo redimido por Jesús Cristo, muchos que son tenidos por hombres de bien.

¿Si Vieran Vds. cómo trae el diablo

las acusaciones para acreditar que las almas son suyas porque le han servido en la tierra!

«Pero, hombre, le digo yo á veces al diablo, ¿no ves que éste daba limosna á los pobres, que este otro estaba todo el día en la iglesia, que el de mas allá escribía tanto en favor de la Religion, que el de aculla era gran protector de curas y monjas?»

Y él me responde: «Pues mire V.: el uno tenía todos sus bienes y su fortuna robados á la Iglesia; el otro protegía por miedo á todos los impíos y sus publicaciones y trabajos, con lo que me ha proporcionado muchas almas; el de mas allá escribía en sentido religioso para hacer la propaganda entre las personas buenas, en favor de los intereses de nuestra causa; ¡y con que provecho para nosotros nos han ayudado los que, sin su concurso, han sostenido los principios falsos entre ciertas clases! El de acullá tenía sus casas alquiladas para burdeles y clubs de libre-pensadores, y dejaba que sus hijos hicieran lo que les diera la gana, incluso afiliarse entre los enemigos de Jesús Cristo...»

Y de este diálogo resulta que cierro desconsolado la portería y exclamo: ¡Pues, señor, si Su Divina Majestad no mira esto muy seriamente, no va á venir una alma que no reclame por suya Satanás!

—¡Es verdaderamente doloroso ver que tanta dicha como aquí se goza, se vea despreciada por los hombres por servir á una rebelion que á ellos mismos les hace desgraciados en la tierra! exclamó San Clemente.

Vamos a ver, arcángel S. Miguel; sa-
quenos V. de estas dificultades, V. que
venció otra vez á Luzbel.

—Yo, contestó este, no le veo mas que
un remedio.

—¡A ver, á ver, hable V.! exclama-
ron todos.

Como el caso es de los mas sérios que
se han presentado, porque ya ven uste-
des la triste situacion del pobre San Pe-
dro, no veo mas recurso que nombrar
una comisión que vaya á consultar con
Su Divina Magestad...

Aprobado, aprobado contestaron va-
rias voces.

L. M. DE LL.

(De *La Hormiga de Oro*.)

El descanso dominical.

El *Tijd*, de Amsterdam, publica la si-
guiente circular que el comité central
holandés de propaganda para conseguir
el descanso dominical, ha dirigido á los
ciudadanos de Holanda y que recomen-
damos eficazmente á nuestros conciuda-
danos y á todos nuestros amigos.

«Al pueblo holandés:

»El comité central de la Asociacion,
para conseguir el descanso dominical, os
hace el llamamiento presente.

»A menos que no haya necesidad ab-
soluta, no trabajéis el domingo.

»No compréis el domingo.

»No viajéis el domingo.

»No obliguéis á nadie á que os sirva
con su trabajo el domingo.

»Existen diversas razones que pode-
mos invocar para justificar nuestro lla-
mamiento, pero no queremos hablar aqui
mas que de la felicidad del pueblo.

»Que el descanso del domingo es nece-
sario á la vida, es un hecho que no debe
demostrarse. Muchas veces lo han pro-

bado ya hombres de estudio y de expe-
riencia, pertenecientes á las diversas
clases de la sociedad, y su testimonio no
ha sido contradicho.

»El *descanso dominical*, es necesario
para el cuerpo y para el espíritu; nues-
tros intereses mas caros lo reclaman; es
necesario al hombre como á la familia y
al pueblo en general.

El *descanso dominical*, esto es lo nece-
sario, y no un dia libre á la semana; por-
que un dia empleado en trabajar es me-
nos funesto que un domingo dedicado á
indignos y enervantes recreos.

»El domingo debe convertirse en el
sol de los dias, del cual parte la luz, el
gozo y la bendicion para todos los otros
de la semana.

«Es muy verdad que hay una multi-
tud de gente, dominados por el amor al di-
nero y por el solaz del goce, que se pri-
a si mismos y privan á los demás de
reposo.

»No obreis asi.

»Salvo el caso de necesidad absoluta,
no trabajéis en domingo, porque de otra
suerte os hareis mucho mas daño del
que os parece, y dais á los demás de-
testable ejemplo.

»No compréis, no viajeis, no obliguéis
á los demás á serviros con su trabajo
en domingo, si quereis ser justos para
vuestro prójimo, como procurais serlo
para vosotros.

»Un hombre que no observa el des-
canso del domingo, se convierte en una
máquina. En él domina la bestia.

»Un pueblo que infringe el descanso
dominical, gasta sus fuerzas al mismo
tiempo que entra en el camino de la de-
crepitud moral y física.

»Hagamos lo que podamos. Que cada
cual haga por su parte y con los que le
rodean para que recuperemos el des-
canso dominical hoy tan olvidado.»

(Del *Repertorio Eclesiástico*.)